

Retratos

Serrat: "A los viejos hay que pagarles lo que se les debe"

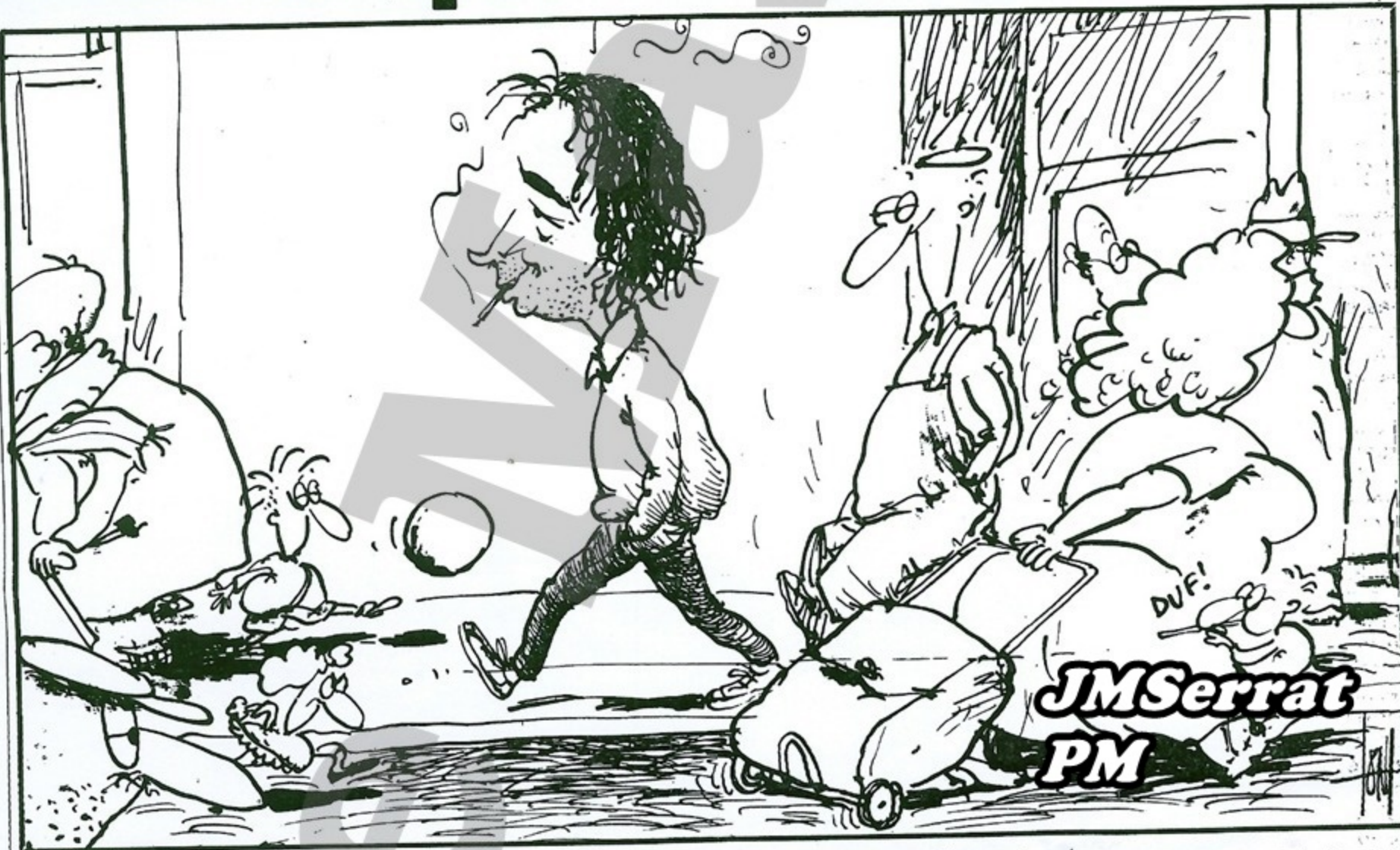
ARTURO SAN AGUSTIN

Entran las diez de la mañana por la puerta del bar y los ruidos del desayuno se apoderan del ambiente. Ruidos de jamón, de chorizo. Marchando dos de queso. Entrañable coreografía atomatada la del bocadillo con rabia. Mordiscos sin tenedor. Bocas llenas de fútbol que prefieren el dorso de la mano a la servilleta de papel. Gritos de camareros quinielistas. Argot de barra. Toses acarajilladas, trifásicas, bronquiales... La fatal hamburguesa del progreso, la multinacional del plástico comestible, aún no ha vencido definitivamente a la ciudad. Aún quedan rincones incontaminados, sin prisas, para bocadillar a la antigua usanza con Joan Manuel Serrat.

Prende fuego al rubio y te toma las medidas. A ver por dónde me va a salir éste. Es un sastre rápido. El Serrat de los primeros minutos apoya su barbilla en la madera del burilador y radiografía las intenciones del bicho. Luego, inmediatamente, abandona el burilador, se te acerca sonriendo y te toca. No es que se confíe. Su mano diestra nunca abandona el trapo. Pero intenta hacértelo creer. Cuánto oficio, maestro. Cuánto saber estar.

Viste vaqueros delgados, casi fríos, camisa acalorada y calza zapatillas deportivas. Se adivinan en esas zapatillas nostalgias de chutes, goles y aficiones inequívocamente culés. Y en su indumentaria se advierte una voluntad cómodamente adolescente; un eco eterno y cultivado de ese Poble Sec que él ha convertido en marca registrada. El maestro —sigamos con el toro— podía haber caído en el error del traje cruzado modelo Manolete. Pero no. A pesar de las orejas cortadas, de las vueltas al ruedo y de las salidas a hombros, continúa vistiendo como ese maletilla que anda buscando su oportunidad. Maticemos. «Yo nunca he buscado la fama. Yo siempre he buscado el triunfo.»

Tiene el ojo travieso, atento, guiñador. Ojo de ligue. Ojo fotográfico. Ojo de click. El ojo serratiano es aquel ojo que en los tiempos de la prohibición acechaba el descuido abierto de las mujeres sentadas. El ojo serratiano tiene intenciones de entropierna. Con ese ojo, uno sospecha que debe



andarse con mucho ojo. Hay algo de potro coceador en su pupila. Y, sin embargo, bajo la ceja ancha, alicaída, ese ojo se adivina sentimental. El ojo serratiano es ojo que se emociona con facilidad. Ese ojo sabe llorar.

Tres lunares discretos, situados en su mejilla izquierda, realzan esa picardía arrabaleira que cruza de norte a sur el rostro de Joan Manuel Serrat. Ese rostro de payo agitanado es tímido. No tiene mucha cara. Pero sí posee la necesaria y dosificada golfería para turbar a las princesas rubias. Ese rostro ramblista de adopción— podía haberse achulado; podía haberse anavajado en una esquina fumadora y machista. Sin embargo, ha preferido adoptar hechuras de gorrión; posturas desvalidas, eternamente filiales, que arrancan en todas las mujeres su trozo de madre. A Serrat, las tietas lo aplauden como a un hijo. Las casadas lo aplauden como a ese amante regalador de flores que nunca tuvieron. Y las colegialas, lo sueñan alborotadas en la febril alcoba de su adolescencia.

Serrat tiene algo más que aplaudidores. Tiene incondi-

cionales. Esa incondicionalidad, ganada verso a verso, es la respuesta generosa que da el barrio mezclado, inmigrante y charnego a sus hijos pródigos. El barrio del cantante no es únicamente Poble Sec. Su barrio son todos los barrios. Al barrio le gusta que su gente triunfe y que no se avergüence en el escenario del color de su piel. Al barrio le gusta que el hijo pródigo aparque su descapotable en la entrada de la calle y que pasee a pie los recuerdos de su infancia. Serrat no ha vuelto a Poble Sec. Pero sí lo pisa y pasea frecuentemente. Tocar y dejarse tocar. Ese es el secreto de su partitura. «Durante un tiempo, no podía hablar con mi gente. Ahora, vuelvo a tener con ellos temas de conversación.»

En todos los barrios hay obreros jubilados que, como su padre, trabajaron en Catalana de Gas y Electricidad. En todos los barrios hay madres aragonesas que, como su madre, tuvieron un día que abandonar sus Belchites o sus Huescas. Caín, siempre Caín. Serrat es hombre de clan, de tribu. Y como aquellos jóvenes guerreros del technicolor, habla con auténtica pasión de sus mayores, de los viejos.

«Los viejos no necesitan homenajes. A los viejos hay que pagarles lo que se les debe. Yo soy de los que creen que la vejez es sabiduría.»

Irónica, vivida. La voz de Serrat suena a copla de vino. Esa voz ha bebido la vida, la ha paladeado, la ha apurado. En vaso largo y corto. En copa de cristal y en copa de plata. Esa voz tiene la astucia necesaria para convertir en reina a la dama de burdel y en pastora retozona a la princesa con pedigree. A pesar del champán y del whisky, esa voz mantiene muy vivo el sabor del carajillo, el aroma de la faria mordida y el sonido de aquel mármol de bar que todas las tardes jugaba al dominó. La voz de Serrat es catalana, pero tres de sus tacos preferidos llevan cachirulo, que así se llama ese pañuelo que los aragoneses se ponen en la cabeza cuando bailan la jota.

Tiene los dedos afilados, tocadores. Tocadores de acordes femeninos. Esos dedos alargados y golosos de piel recuerdan que tuvieron veinte años. Deje usted en paz la edad, vecino. Hablemos de América. Hablemos de esa América que según me confiesa le hizo hombre. Hablemos

de los tebeos del Capitán Trueno. Hablemos de... Pero se nos cuela nuevamente de rondón el bicho de la edad. Se arruga un poco, enciende el segundo «Marlboro» y sonríe. «Pasar de los treinta me costó. Pasar de los cuarenta no me costará. Mira, estoy en un momento de mi vida en el que siento que todo va demasiado rápido. Pasan muchas cosas por mis manos y me doy cuenta que no agarro casi nada. Lo único que me preocupa es el deterioro del envase.»

Los caballeros las prefieren rubias, pero se casan con las morenas. Los niños de barrio cantan a las obreras, pero se casan con las burguesas. Lo admite. Se ríe socarrón, echa mano a una novela de Joan Marsé y me dice que él es como su protagonista: el famoso Pijoaparte. Me dice que todos somos Pijoapartes. Que no. Que sí. Que no. Que sí. Se me cruzan los cables y no consigo recordar el final de la novela. No recuerdo cómo acaba el Pijoaparte. «Pues acaba mal. Acaba solo, famélico y descangallado.»

Está muy claro. Joan Manuel Serrat siente debilidad por los tangos.